

EDITORIAL

EL FANATISMO POLITICO Y LOS CONCIERTOS

DESDE hace algunas semanas, uno de los órganos periodísticos marcadamente de derechas, con una consecuencia digna de mejor causa ha hecho aparecer varios artículos sosteniendo una tesis simplista y novísima, según la cual el ejecutar obras de música rusa significa transformar los conciertos sinfónicos en palestra de agitación comunista. Aun cuando semejante doctrina ha merecido comentarios más o menos jocosos y la censura o el silencio de parte de los demás diarios y revistas, el hecho de que entre nosotros des-punte un criterio de tal estrechez e ignorancia no puede pasar sin que en esta Revista precisemos algunos conceptos sobre la materia en debate.

Para el articulista que inició la exposición de este retroceso hacia los peores momentos del fanatismo político invasor de otras esferas, el argumento se plantea en la siguiente forma: en Rusia la música es un asunto del Estado, los compositores son ayudados y sostenidos por el Estado y, afirma el articulista, ninguna composición puede darse a conocer sin que reciba la venia de Stalin en persona. De estos hechos deduce, naturalmente, que obras como la Sinfonía Clásica de Prokofieff y el Concierto para Piano y Orquesta de Schostakovitch envuelven una especie de mensaje musical que el patriarca del comunismo ruso enviaría a sus adeptos y que la Orquesta Sinfónica de Chile se encarga de transmitir fielmente. Como no se hace distinción tampoco entre estas obras y la demás producción de los grandes compositores rusos, debemos concluir que ejecutar música procedente de aquel país, sea ésta de

Glinka, Mussorgsky o Borodin, es colaborar en la soviétización del mundo.

Realmente, todavía no habíamos tenido ocasión de escuchar disparates de semejante calibre. Quien así razona exhibe no sólo su ningún conocimiento artístico, sino la más peregrina confusión entre los reflejos transitorios de la política y lo que es el arte en sí mismo y en especial la música pura.

La música es un arte en una altísima proporción de índole abstracta; que habla, como decía un musicólogo francés, «sin conceptos»; es decir, sin alusiones a cosas materiales o a hechos extra-sonoros. De ahí su universalidad y la curiosa consonancia que se produce entre la manera cómo se expresan compositores que se desconocen entre sí y que proceden de los puntos más alejados de la tierra. Si la música tiene relación con algo, y esto sí que es efectivo,—porque jamás la música ha sido un malabarismo colgado en el aire,—esa relación se guarda con el espíritu de cada época, con las inquietudes y los ideales que en cada etapa de la historia han presidido la vida del hombre. De esto sale el que las sinfonías escritas en 1947 tengan características análogas en todo el mundo y expresen, con un lenguaje y una técnica que ya no es misterio para ningún músico, un concepto musical de la expresión y de la forma, ligado sólo en un terreno muy general y hondo con lo que la sinfonía fué a fines del siglo XVIII o a mediados del XIX.

En todos los estudios de música se expresa que no existe peor calamidad que la de suponer o añadir significados literarios a las obras que no lo persiguen y al mismo tiempo se admite que frente a la música pura, a la música que se basta a sí misma, existe lo que llamamos el arte mixto que se combina con ideas o argumentos literarios y con representaciones de la plástica cinética.

Ejecutar buena música,—sea ésta rusa, alemana, inglesa o española,—no tiene para el auditor de los conciertos otro significado que el valor artístico que las obras representen. Sólo podrían establecerse aproximaciones a hechos o a determinadas ideas religiosas o filosóficas en composiciones expresamente argumentadas, subrayadas con poemas o escritas sobre textos literarios. Textos que, debemos decirlo, en la mayor parte de los casos, aun cuando el compositor haya procurado amoldar sus obras a esas sugerencias, quedan como agregaciones a la música, tan innecesarias para descifrar su sentido que, a la larga, se suelen olvidar. Tal es el caso de los «programas» en las obras sinfónicas de Berlioz y hasta en los poemas sinfónicos de Liszt. Por supuesto que en Chile nunca se ha

pretendido *explicar* la música por otros medios que los suyos propios. En el caso concreto de las audiciones que comentamos, ni el Concierto de Schostakovitch ni la Sinfonía de Prokofieff fueron ofrecidos al público de otra forma que como puras y simples creaciones musicales. La discusión producida, si es posible llamar así a una exposición de desatinos, se ha enhebrado en torno a la reacción que produce la ortografía del nombre de un autor en la mente de un fanático, que asiste a los conciertos sobre aviso y en busca de vulgaridades. Cuyo descubrimiento persigue con maníaca obsesión.

Si admitiéramos la teoría de que ejecutar música rusa es hacer propaganda comunista, tendríamos que aceptar igualmente que presentar obras alemanas es declararnos adeptos del sistema nazi y que las obras españolas o italianas de una cierta época valen como sinónimos de la propaganda falangista o fascista. Los enemigos del mundo anglo-sajón, que en este momento capitanea la oposición a que se extienda el comunismo, prohibirían el que se tocasen, desde las obras de William Byrd hasta las composiciones de Britten o de Copland. No quedaría nada más que cerrar las salas de conciertos, así como también prohibir la exhibición de obras de artes plásticas y, ante todo, las ediciones de libros, ya que la literatura nos predispone de una manera muy especial con respecto al país de donde procede y cuenta con medios más directos y claros para la difusión de las ideas. Aceptado este criterio, nuestros conciertos se verían privados precisamente de todas las obras que son el fundamento de la música y, así como en las conferencias internacionales se escogen comisiones formadas por pequeños países, no nos quedaría otra cosa que ejecutar música procedente, por ejemplo, de Suiza, Nicaragua, Liberia o de la República de Andorra para no soliviantar a quienes en todo adivinan peligros. Sólo de esta manera el mantenimiento del orden constitucional de la República quedaría a cubierto de las falaces amenazas que esas gentes creen sentir deslizarse entre las notas.

No podemos, ni vale la pena extenderse más en un asunto que no tiene atadero sino para quien sufra de un estado de patológica obsesión. Debemos protestar en nombre de la música de que se hayan publicado artículos como los que motivan este comentario en órganos de prensa que deberían respetarse. Son síntomas indignos de nuestra cultura y son indicios reveladores de que estamos entrando por el lado de las derechas en un fanatismo peor que el que hemos conocido en las izquierdas. El pensamiento y la cultura

quedarán siempre como víctimas de unos y de otros. A no ser que las personas para quienes el arte está por encima de tantas mezquindades, pasen del desprecio justificado que merecen estas actitudes a promover la enérgica repulsa que haga imposible en nuestro ambiente el brote de posiciones y teorías como las que han arruinado las manifestaciones del espíritu en muchas de las hasta hace poco florecientes culturas europeas.

D. S. C.